

# PALABRAS DEL PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 1995

DISCURSO PRONUNCIADO POR ROBERTO  
GOYCOOLEA I. EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1995.  
X BIENAL DE ARQUITECTURA.  
CENTRO CULTURAL MAPOCHO. SANTIAGO

Es para mí un honor el haber sido nominado Premio Nacional de Arquitectura, otorgado por el Colegio de la Orden, constituye el más alto reconocimiento profesional que un arquitecto puede alcanzar en su vida. Hoy, siento el peso y la gratitud que significa haber alcanzado este honor. Esta distinción tiene un significado muy especial, es el reconocimiento de colegas hacia la labor realizada durante una vida consagrada al ejercicio profesional de la arquitectura y, en mi caso, también, a su enseñanza. Es difícil encontrar una manifestación de esta naturaleza entre pares, sobre todo cuando el ejercicio profesional, muchas veces, nos hace tomar posiciones antagónicas y competitivas, aún, más alentadora es la circunstancia que los candidatos al Premio Nacional de Arquitectura deben ser propuestos por arquitectos colegiados del país.

En lo personal, resulta especialmente gratificante saber que fui postulado por la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Bío-Bío en la cual he laborado por más de un cuarto de siglo y ... constatar que uno de los postulados mantenidos desde su fundación: formar profesionales capacitados para ejercer en regiones, especialmente en el sur de nuestro país, se cumple cabalmente. Varias Delegaciones Provinciales de la zona sur en las que participan activamente ex-alumnos de nuestra Escuela, me postularon al premio que nos reúne hoy. Gracias a todos ellos; su actitud compromete permanente mi reconocimiento y amistad. Esta distinción, que se me ha otorgado, estimula a una mayor y mejor dedicación en el desempeño de la profesión, donde quiera que nuestro Señor me llame a ejercerla.

Este llamado divino ha sido diverso y motivador. En mi vida, me ha correspondido, en suerte, ejercer en los más variados campos: en la arquitectura y el urbanismo, en el diseño, en la administración, en la academia, en el apostolado y otros que se me escaparon.

De todos los regalos del Creador, sin lugar a duda, el mayor de ellos ha sido formar una familia, junto a María Angélica y nuestros seis hijos, dos de los cuales han seguido la misma vocación del padre y dos que están casados con arquitectos. Gracias a todos ellos me he podido realizar plenamente como hombre y profesional.

Esa diversidad de actividades ha sido posible desarrollarla con mayor o menor éxito gracias a mi formación como arquitecto, conducida por insignes académicos que, con desprendimiento ejemplar, nos dedicaban su tiempo y generosamente transmitían su conocimiento. Junto a ellos, los arquitectos que me acogieron en sus talleres durante mis estudios y recién titulado; en los cuales inicié la actividad propiamente profesional y desarrollé en definitiva el modo de encarar la arquitectura.

De inmediato recuerdo las trasnachadas en las casas de Villavicencio, junto a mis compañeros de curso, De Groot y Gatica a los cuales se unieron más tarde Frontaura y Martínez con los cuales abordamos la aventura de la Bienal de San Pablo y posteriormente el proyecto de título. La autoformación grupal imperaba entre vigiliadas y discusiones con numerosos colaboradores, en de cooperación para los proyectos finales de cada uno. Difícil tarea es discriminar cual de todos los profesores y compañeros influyeron más en mi formación, a los cuales considero parte del reconocimiento que se me ha conferido.

Sin embargo en esta memorable ocasión, no es posible dejar de recordar a algunos arquitectos que me abrieron las puertas de sus oficinas en mis tempranas lides de la práctica profesional, con riesgo de excluir a otros actuales colegas: a Dn. Horacio Acevedo, que en paz descansa. De él queda el recuerdo del amigo que con gran rigurosidad y creatividad tecnológica



1961. Biblioteca U. de Concepción, con E. Duhart H.

ideaba construcciones industrializadas y en madera; material que desde esa época ha llenado gran parte de mi quehacer. A Jorge Costabal junto al que en la oscuridad subterránea de la oficina de su tío don Eduardo, nos afanábamos con edificios de salud y elementos prefabricados de hormigón. Todos ellos, de uno u otro modo, son partícipes de esta distinción.

Al egresar de la Facultad e inscribirnos en nuestro Colegio de Arquitectos, creímos que nuestra formación había terminado. Don Sergio Larraín y Emilio Duhart se encargaron de demostrarme lo contrario: en ese momento, sólo es el inicio de una etapa una autoformación permanente. Me designaron, con gran confianza, jefe del proyecto de Coya para la Braden Cooper. El tener que enfrentarse a la realidad de una importante empresa con estrictas normativas de calidad en todo sentido fue una gran escuela. Me enseñó que cada encargo es una problemática nueva que debemos enfrentar con renovados bríos.

La separación de la oficina de estos dos distinguidos profesionales, proceso normal en la vida arquitectónica, me condujo a laborar en el estudio de Emilio Duhart, a quien debo la culminación de mi etapa de formación arquitectónica. El amor a la obra, cual exigente amante, heredada de Emilio, fue el broche final que me permitió volar con alas propias. Hoy no puedo menos que recordar al lejano maestro y socio que me llevó a ejercer fuera de la Capital para dirigir sus obras en la Universidad de Concepción, asociarnos en el Plan Regulador de esa ciudad adoptiva y las obras que se proyectarían, en el futuro, en el sur.

El traslado a Concepción se debió al terremoto de 1960. Después de haber terminado el concurso del edificio de la CEPAL y el anteproyecto del Plano Regulador, sobrevinieron los sismos de ese año en el mes de mayo. La destrucción en esa ciudad fue considerable, en consecuencia, se presentó la disyuntiva de qué plano se aplicaría para la reconstrucción que se iniciaba al poco andar de esos sismos. El ministerio autorizó dar líneas basadas en el anteproyecto, ya aprobado por la Ilustre Municipalidad. Esto determinó el traslado familiar a Concepción por un año... año que se ha extendido por treinta y cinco y espero en Dios que sean muchos más.

Conjuntamente con ejercer como Asesor Urbanista, me encargué de la inspección de las obras de los edificios de acero y el Foro de la Universidad de Concepción. Muchos proyectos abordamos en la oficina que formamos con Emilio Duhart en esa ciudad. Esta fructífera asociación se prolongó hasta principio de la década del '70, en que mi socio trasladó su residencia a Francia. Algunos de estos trabajos están expuestos en la sección del Premio Nacional de esta Bienesal.

Al ejercer en provincia, poco a poco, me di cuenta que las obras respondían en forma diferente a las del centro del país. El clima húmedo, donde la lluvia no es vertical como en Santiago, sino horizontal por el viento; la cantidad de las precipitaciones casi instantáneas; la forma de vida más interior durante gran parte del año; el menor monto de las inversiones, contrastado con un mayor costo de los materiales y de la obra de mano; la calidad de la ejecución y otras diferencias más; determinaron proponer nuevos tipos de espacios, de detalles constructivos y uso de los materiales que han informado permanentemente mis obras.

Durante mis estudios pensábamos que la arquitectura debería tener una impronta nacional, se trataba de descubrir la "arquitectura chilena". Al apreciar cómo las obras respondían a las demandas anteriores, me convencí que no es posible una sola tipología de arquitectura para todo nuestro país. Existen algunas zonas geográficas y culturales que han producido tipologías propias con materialidad, espacios y formas adecuadas al medio en que se implanta la obra. El Norte Grande, Chiloé y en cierta medida, las regiones propiamente sureñas han creado tipologías singulares. Sin desconocer que en esas zonas existen microzonas que requieren de un tipo diferente de arquitectura, especialmente debido a las condiciones climáticas.

En el resto del país se han desarrollado diferentes tipos de arquitectura. Aquí mismo en la Metrópolis podemos observar tipologías e influencias arquitectónicas muy diferentes. Todos las podemos descubrir, si recorremos extensamente la Capital. Específicamente en las regiones centrales y en especial en Concepción, creo que la forma arquitectónica no se juega en una identidad volumétrica formal ni en la expresión material, sino en los detalles que permiten responder en forma correcta a las exigencias climáticas y al comportamiento de las personas usuarias y contemplativas de ellas.

El análisis y la observación de las respuestas de los edificios frente a la elevada humedad que condensa y genera hongos en los paramentos de los ambientes interiores; la colmatación de los drenajes de aguas lluvias y servidas; las inundaciones y otras peculiaridades, eran comunes a todos los arquitectos formados en la zona central que ejercíamos en la actual Región del Bío-Bío. Ello determinó que un grupo visionario de miembros de la Delegación del Colegio de Arquitectos se propusiera la misión de formar una Escuela de Arquitectura en la cual su enseñanza considerase las características y peculiaridades de las diferentes zonas del país.

Mientras concurría a la Escuela de Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica, había ejercido como profesor de jornada parcial en la



1965. Conjunto Lonco Centro, con C. Jara.

Escuela de Construcción Civil de esa Institución, de la cual había egresado el año 1951 y posteriormente, como profesor adjunto en la cátedra de urbanismo de Duhart en mi Escuela, actividad que se prolongó hasta mi traslado al sur. Esta experiencia docente fue considerada al invitarme a participar en la creación de la proyectada escuela de arquitectura, junto a distinguidos profesionales que ejercían en la ciudad.

En 1969 se crea la carrera de arquitectura en la Sede Concepción de la ex- Universidad Técnica del Estado, de la cual posteriormente deriva la actual Universidad del Bío-Bío. Cuatro profesores parciales y un director éramos arquitectos, un odontólogo pintor, adcritos al Departamento de Mecánica, en conjunto a docentes de ciencias exactas de esa Institución de Educación Superior formamos el primer cuerpo académico. La Escuela se desarrolló en sus primeros tiempos en el ambiente politizado del '70. Creo que no ha existido escuela de arquitectura con una historia más conflictiva y aventurera. Baste decir que sólo seis años después de su inicio fue reconocida legalmente como tal. Al crearse la Universidad de Bío-Bío, derivada de la UTE, se creó la Facultad de Arquitectura. Mi formación como Constructor Civil me llevó a proponer la creación de esa carrera en la Facultad, debido a que siempre he pensado que los profesionales que intervienen en la edificación deberían tener una formación compartida. Siguiendo este postulado, durante mi primera gestión de Rector (1990-94) se creó la carrera de Ingeniería Civil.

Soy un convencido de que el desarrollo integral, unitario y equitativo del país, no se juega en la Región Metropolitana, sino en sus diversas regiones donde está la mayor potencialidad económica de la nación. Solamente viviendo y ejerciendo en regiones se puede apreciar cabalmente esta verdad ineludible. En mis años mozos, la situación latinoamericana estaba condicionada a ser proveedora de insumos para Norteamérica, tanto en materias primas como en intelecto. Hoy esa situación se da entre las regiones y la Capital. Todos los estudios socio económicos así lo demuestran. Esta situación ha determinado que las regiones han ido perdiendo masas críticas de profesionales por emigración hacia la Metrópolis, menoscabando la capacidad de autogeneración y gestión de proyectos regionales de desarrollo en todos los ámbitos del quehacer humano.

Para no dilatar este punto, sólo me referiré a algunos aspectos que toca a la arquitectura llamada de "interés social" - en cierto período de la historia - en la cual la legislación edilicia tiende a la emigración de familias hacia el centro del país. Los subsidios habitacionales, salvo excepción, son iguales para toda la nación. Una familia que se ha visto favorecida con él, puede adquirir una vivienda de mejor calidad en la Región Metropolitana que en el sur, y quizás más apta para la vida en el Norte. En la zona austral son necesarios más espacios cerrados y cubiertos que en el resto del país para un desarrollo y convivencia normal de las familias. A esto se suma un mayor costo de la edificación. En el caso de Concepción, supera, aproximadamente, en un 30% más que en otras zonas no lejanas. Muchos beneficiados con subsidios han emigrado a la Región Metropolitana para obtener una mejor y más amplia vivienda. El decreto fuerza de ley N° 2 que rige la edificación masiva del país, no contempla ninguna diferencia en sus disposiciones, salvo en las regiones más australes. Una vivienda costera del Norte tiene mejor habitabilidad que una con los mismos espacios en el sur.

En la vida universitaria sucede más o menos lo mismo. Es de conocimiento público las desigualdades de todo tipo que se producen en el financiamiento de los estudiantes entre las instituciones regionales y las metropolitanas en general. La concentración de la ciencia y tecnología en Santiago es alarmante para el desarrollo homogéneo y sostenido del país. Se critica a las regiones por la falta de capacidad para promover su propio desarrollo. ¡Es verdad!, pero mientras no exista un firme propósito de invertir en capital humano en esas zonas, difícilmente podremos alcanzar los niveles de homogeneidad económica y social que se requieren para sostener el desarrollo alcanzado e incrementarlo en el tercer milenio.

Todas las cuestiones anteriormente expuestas han influido en mi ejercicio profesional en el convencimiento de que la arquitectura, antes que nada, es un servicio a nuestros semejantes, basada siempre en la máxima de Mies Van der Rohe de "hacer lo más con lo menos", proposición conveniente para un país que cuenta con más del 40% de sus habitantes en condiciones de pobreza o extremo desamparo.

Los volúmenes simples, el correcto uso de los materiales y el detalle frente al clima, la conformación de ambientes apropiados para la vida, la consideración de lo telúrico en las formas, el convencimiento que la arquitectura tiene junto a un valor privado otro social, me han llevado a respetar el entorno urbano y geográfico, considerando permanentemente la obra con los espacios intermedios necesarios para su integración a la ciudad o al medio geográfico, ha sido otra preocupación permanente. Todo ello ha determinado una manera de hacer y enseñar arquitectura.

Al revisar la obra realizada, con motivo de esta distinción, he apreciado los diversos campos en los que me ha tocado actuar como arquitecto, principalmente centrada en el equipamiento y la vivienda acogida a las



disposiciones de la habitación económica, en la gran mayoría de ella han estado presente esos fundamentos arquitectónicos. En una primera época muy centradas en las máximas de la arquitectura moderna, posteriormente, con el Postmodernismo, diría, una liberación mayor en lo formal pero manteniendo los mismos criterios enunciados anteriormente.

Al ser llamado, hace veintiséis años, a ejercer como docente de jornada completa en la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Bío-Bío, se me planteó un problema existencial. Seguir solamente en mi ejercicio privado, de indudable mejores perspectivas arquitectónicas y económicas o dedicar la mayor parte de mi tiempo a transmitir lo que creía que debería ser la arquitectura al servicio de mis semejantes. Lo visualicé como un llamado de Dios a contribuir a su creación por medio de una posibilidad cierta de influir más en el bienestar de las personas, por medio de la docencia que mediante el ejercicio libre de la profesión. Si no hubiese tenido el apoyo incondicional de mi familia, en esa crucial decisión, a lo mejor no me habría visto en este compromiso de hablar de cosas tan íntimas delante de ustedes.

Mi labor docente, en consecuencia, ha estado destinada a comunicar a mis alumnos esta forma de encarar la vida de un arquitecto donde la rigurosidad en el tratamiento del espacio, de la función, de las formas y de los materiales, deben ser concordantes con el pensamiento crítico de cada uno y el estudio de la problemática arquitectónica que se les plantea en los talleres y posteriormente en el ejercicio profesional. En este alto del camino tendiente a reflexionar sobre mi vida profesional he constatado una vez más que la interacción profesor - profesor y docente- alumno han sido vitales en mi quehacer arquitectónico.

Lo mismo ha sucedido con los colegas que me han acompañado durante años en mi oficina particular. Por ello, dedico y comparto este premio con todas las personas que han hecho posible erigir mis obras y llevar adelante mi actividad universitaria. Incluso repetidas veces no sé, a ciencia cierta, si "la criatura" fue gestada integralmente por mí o si fue una creación colectiva. Personalmente me inclino por esto último. El arquitecto en su mente desarrolla una idea de lo que podría ser su obra, lo llamamos "fundamento". El es transmitido a sus colaboradores y en el diálogo cotidiano frente al tablero, así, va tomando forma el proyecto que más adelante permitirá construir la obra.

Al realizar un análisis del comportamiento en el tiempo, debo reconocer, humildemente, que todas mis obras arquitectónicas no son de la misma calidad. No sólo por su tamaño o su importancia urbana o cívica. Ellas son la consecuencia del quehacer diario durante su proyección y edificación. Estas diferencias no nacen, generalmente, con la idea inicial, se distorsionan en el desarrollo del proyecto o en su ejecución. Muchas veces no podemos controlar todas y cada una de las actividades que van plasmando la idea inicial. Se escapan defectos incontrolables, que pueden frustrar una labor de mucho tiempo y de muchos colaboradores. Cuando no son gravísimas, pueden ser superadas con arduo trabajo y la generosa voluntad de los colaboradores. Otras quedan como testimonio permanente de una frustración.

Otro dolor que sufrimos permanentemente los arquitectos, es observar como una obra satisfactoria es intervenida posteriormente, sin consulta al autor, destruyendo la impronta original y la unidad formal. Esto acontece debido a que se desea mayores espacios o cambios de función en beneficio personal o grupal, desconociendo el destino social de una edificación que es conformar ciudad.

El espíritu crítico, en la búsqueda de la verdad en todos sus aspectos, ha sido uno de los dones que me ha regalado Dios. Ello me ha hecho comprender que El es la única verdad absoluta y que nosotros debemos buscarla en todas nuestras acciones y actividades. Sólo así podremos ser humildes y apreciar nuestra misión de ser cocreadores del mundo en conjunto con su Hacedor.

En 1985, fui nombrado director del Centro de Desarrollo de Arquitectura y Construcción de la Universidad del Bío-Bío, unidad destinada a promover y de investigar sobre esas áreas del conocimiento. Iniciamos numerosas investigaciones sobre física de la construcción y el comportamiento de las viviendas frente al clima. Para abordar con mayor propiedad esos estudios, edificamos y equipamos un laboratorio destinado especialmente a estudios sobre la tecnología de la madera, con varias cámaras y sistemas de ensayo de materiales y elementos de construcción, hoy incrementado con tres edificios más destinados a esos estudios, prestaciones de servicios industriales y capacitación. En conjunto con la Facultad de Arquitectura y Construcción, iniciamos la publicación de los Cuadernos en Edificación en Madera. Ese período, que se extendió hasta mi elección de Rector, fue de gran creatividad y fortalecimiento del área de la madera, prioritaria en nuestra Universidad, sin abandonar, por ello, la docencia en los talleres de diseño arquitectónico y urbano.

Nuevamente se me planteó una decisión de vida y de actividad con motivo de la petición de un grupo de numerosos académicos amigos para postularme como candidato a Rector en la primera elección democrática en



E. VILLAGORIS

1969. Aldea S.O.S. Chaimávida.

la Universidad. Dejar la arquitectura, comprometer a mi familia en una nueva aventura, para reconstruir una universidad deteriorada durante un largo período de conmociones y cambios en el sistema universitario chileno, se me presentó como un nuevo llamado del Señor, como un desafío ineludible y como la culminación de la carrera académica. En agosto de 1990 asumí la rectoría de la Universidad del Bío-Bío, siendo reelegido por un nuevo período cuatro años después. Una de las mayores satisfacciones que me ha deparado la arquitectura es haber recibido de la Federación de Estudiantes un reconocimiento por mi leal relación con ellos.

El ejercicio de la arquitectura requiere de una cualidad que no es universal a todas las profesiones, el trabajo es desarrollado por un equipo interdisciplinario aunque hoy día, cada vez son menos los casos en que una sola persona tenga todo el saber necesario para llevar adelante un proyecto. Esta forma de trabajo me había ayudado a desempeñarme como dirigente en diversas actividades regionales. Pero, sin lugar a dudas en el cargo que desempeño hoy se ha hecho más patente esta característica de nuestra profesión.

La Universidad del Bío-Bío es una institución de educación superior estatal formada por la fusión del Instituto Profesional de Chillán y la Universidad de Bío-Bío, cuenta con ocho mil alumnos distribuidos en las sedes de Concepción y Chillán y dicta treinta y dos carreras. Gracias a un trabajo mancomunado hemos podido obtener un desarrollo acelerado que la ha llevado a ocupar un lugar destacado en la Región y en el país.

El haber dejado el ejercicio profesional ha sido compensado, en gran parte, por los resultados obtenidos en la Universidad. Sin embargo, espero que al término de este período, el buen Dios, me permita retomar a mi vocación primitiva: La arquitectura.

Por último, no puedo terminar sin antes referirme al apoyo y patrocinio de instituciones, empresas y amigos que han hecho posible la presentación de mi obra como arquitecto y docente regional. Especialmente a la Universidad del Bío-Bío y los colegas académicos de la Escuela de Arquitectura que con su gran sacrificio personal y dedicación me han permitido llegar a este emocionante momento.

Vaya mi permanente reconocimiento a la Delegación Concepción, al Directorio y a la Comisión Bienal del Colegio de Arquitectos por su asistencia permanente en la presentación de mi obra en esta décima Bienal de Arquitectura. A las autoridades, a los rectores, a los colegas, alumnos y amigos que me han exteriorizado su aprecio y alegría compartida por esta distinción otorgada por mi Orden.

Antes de terminar deseo exponer delante de ustedes mi pensamiento sobre las Bienales de Arquitectura del Colegio de Arquitectos de Chile. Este acontecimiento internacional que se ha venido sucediendo durante veinte años en nuestro país, es el esfuerzo de muchos colegas que con generosidades de todo tipo dan a conocer esta noble actividad de crear espacios que acojan y protejan la vida de sus semejantes. Proponer a la ciudadanía nuevas formas de ciudades, valorizar y hacer conciencia de nuestras riquezas patrimoniales, de cuidar y mejorar nuestro medio ambiente para alcanzar una calidad de vida concordante con nuestra dignidad de hijos de Dios. En reconocimiento y aliento para que esta generación y las venideras sigan con esta noble tradición, me atrevo a solicitarles un caluroso aplauso a los organizadores de esta y todas las Bienales pasadas y futuras.

Gracias a todos por su asistencia y atención a este acto que compromete mi amistad y cariño hacia todos ustedes.

Roberto Goycolea Infante  
Santiago, septiembre 9 de 1995.



1977. Santuario María Auxiliadora. Detalle, con C. Jara



1961.- Biblioteca U. de Concepción,  
con E. Duhart H.



1961.- Edificio Arauco, Concepción,  
con E. Duhart H.



1962.- Edificio Lanahue, Concepción,  
con E. Duhart H.



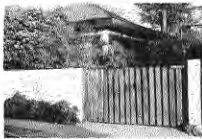
1962-67.- Colegio Ch. de Gaulle,  
Concepción, con E. Duhart H. y  
F. Goycoolea P.



1963.- Conjunto Habitacional  
Pingüeral, Concepción, con E.  
Duhart H.



1964.- Casa Goycoolea, Los Copihues  
200. P. de Valdivia, Concepción.



1964.- Casa Gubbins, P. de Valdivia,  
Concepción, con E. Duhart H.



1964.- Colegio Inmaculada  
Concepción, con E.  
Duhart H.



1968.- Casa Eco. Sud Americano,  
Gleisner 1836, Concepción, con  
R. Jofré y L. Soto.



1968.- Edificio Remodelación Catedral,  
Concepción, con R. Jofré y L.  
Soto.



1969.- Aldea Infantil S.O.S.,  
Chalmivida, VIII Región.



1970.- Casa Luengo, Angol 237,  
Concepción.



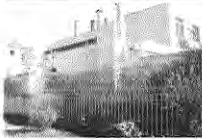
1970.- Balneario el Merro, Tomé, con  
R. Jofré, L. Soto y E. Vilches.



1971.- Casa en A, Montahue,  
Concepción.



1975.- Biblioteca U. del Bío-Bío,  
Concepción.



1975.- Casa de la Providencia,  
Concepción.



Aldea Infantil S.O.S., Bulnes, VIII Región, con L. Soto, C. Jara y F. Goycoolea P.



1985- Sala Uso Múltiple, Montahue, Concepción, con C. Jara.



1976-89- Aldea Infantil S.O.S., Coyanco, Quillón, VIII Región, con L. Soto y C. Jara.



1986- Conjunto Habitacional Los Robles de Lonco, Concepción, con C. Jara.



1977- Santuario Maria Auxiliadora, Concepción, con C. Jara.



1986- Conjunto Habitacional Martínez de Rosas, Concepción, con C. Jara.



1978- Casa Domínguez, Angol 166, Concepción.



1987- Aldea Infantil S.O.S., Puerto Varas, con C. Jara.



1980- Conjunto Habitacional Las Palmas, Concepción.



1988- Aldea Infantil S.O.S., Antofagasta, con C. Jara.



1983- Aldea Infantil S.O.S., Avda. Víctor Lamas 1081, Concepción.



1988- Aldea Infantil S.O.S., Arica, con C. Jara.



1985- Conjunto Habitacional Lonco Centro, Concepción, con C. Jara.



1990- Barrio Parque Universitario, Talca, con C. Jara.



1985- Convento Carmelitas Descalzas, Concepción, con C. Jara.



1992- Conjunto Habitacional O'Higgins, Chiguayante, Concepción, con F. Goycoolea.